Todas. Ninguna. Muchas. Una. Y, ¿qué es la verdad? En la historia de la humanidad hemos transitado por tantas distintas verdades, que en su tiempo se vieron como inamovibles, llevadas al hombro por hombres de ciencia, religión, política o arte como banderas infalibles a batalla.

Una guerra y mil guerras en nombre de aquello que era inmutable por cuenta de la fe, o la ciencia disponible de la época.

Cada una de estas verdades, que hoy parecen estúpidamente ilógicas, contaban con un poder suburbio que la imponía por encima de cualquier otro raciocinio: las cosas son de esa manera y la duda era (es) castigada.

Con un delgado límite en el fanatismo, las ideas pasaban –y pasan– de una explicación racional para la época, a un carácter dogmático y en el proceso se deformaban, tomando los tintes emotivos que justificaban, en el fondo, como con todos los poderes, un sustento económico.

Así, pues hubo un tiempo en el que la tierra era plana, y su explicación más allá de la experiencia evidente del iletrado, justificaba unas rutas de mercado que rifaban el monopolio entre cada una de las monarquías existentes.

La tierra plana admitía un solo camino, y en consecuencia puntos estratégicos para la movilización de alimentos y enseres. Estos puntos, se fueron sacralizando hasta otorgarles poderes casi mágicos, y una vez ahí, la religión justifico la guerra con cruzadas para imponer la “forma correcta” de alabar a Dios, en vez de admitir que el motivo era únicamente mercantil.

Siempre así, poder económico que se sirve del poder político, del poder religioso, del poder social para imponerse.

El ‘descubrimiento’ del volumen esférico de la tierra, dejó sin piso estas batallas y giró la mirada a nuevos centros económicos, otra vez mediados por la religión, se consideró inferiores a las espiritualidades complejas de los nuevos integrantes de la ecuación, y su aniquilación ahora estaba justificada.

El mismo esquema, se repite una y otra vez: el machismo, la esclavitud, la colonia, el fascismo, la guerra mundial, la guerra fría… todos ejemplos de la implantación mediática que hace el poder para movilizar pueblos y que esconden únicamente motivos económicos.

El poder que nos impone el idioma en el que nos comunicamos, el sistema de valores que nos parece intachable, el modelo de familia, la permisividad con algunos crímenes (contra la humanidad o el ambiente) y hasta nuestra dieta, debe reconocerse siempre como susceptible de ser deslegitimizada.

Puede, solo puede ser, que esta verdad que hoy parece plana como el horizonte, guarde la redondez de un planeta. Puede ser que inmersos en lo que nos procuramos normal, caigamos continuamente en agendas económicas, planeadas para vendernos especias que no necesitamos y fanatismos que justifiquen nuevas cruzadas.

La verdad entonces, está supeditada a las sensaciones que el poder permite que percibamos. Puede que el primer acto revolucionario sea preguntarse ¿A qué verdad renunciaría hoy?